

PARANÁ, CAPITAL DE LA CONFEDERACIÓN (1852-1861). El Periodismo.

Julio E. Moyano y Alejandra V. Ojeda.

La época de la Confederación con capital en Paraná se recuerda -con razón- como un período de esfuerzo heroico para la construcción de la Argentina moderna. No quedaron atrás, en esta tarea, la imprenta y el periodismo: comenzó a esbozarse formas de prensa moderna en el interior del país, y no pocas provincias tuvieron su primer taller de impresión, su primer semanario, sus primeros contactos actualizados con la literatura y el mundo contemporáneos.

En realidad, considerando todo el siglo XIX, la época de oro del periodismo entrerriano (y esto vale para otros puntos del interior con gran riqueza periodística y literaria, como Mendoza y Tucumán, entre otros), no fue exactamente la de la Confederación (setiembre de 1852 a diciembre de 1861), sino que comenzó a esbozarse antes (hacia 1849), sentó sus bases técnicas y socio-culturales en la década de 1850 -con la introducción de tecnología, alfabetización, escolarización y la formación de una camada intelectualmente sólida en el Colegio del Uruguay-, alcanzó su máxima altura en la difícil década de 1860 con la entrada en escena de los “grandes” formados en la década anterior (Olegario Andrade, Evaristo Carriego, Francisco F. Fernández, entre otros) y estabilizó esta riqueza luego de las revoluciones jordanistas, cuando comenzaron a aparecer periódicos políticos hasta en los más pequeños pueblos, ligados a dirigentes locales o dirigidos por éstos.

Quien no conozca el contexto histórico del que surgió la Confederación y más tarde la Organización Nacional, se asombraría al ver aquellos periódicos que motivan nuestro interés en mostrar una época “de oro”: el conjunto de esa época suma muy pocos periódicos, brevísimos diarios, todos de uno o dos pliegos, de tosco diseño, sin ilustraciones salvo unas pocas premoldeadas para avisos, redactados con un estilo que hoy percibiríamos ampuloso, exagerado, sobrecargado de frases y fórmulas retóricas, casi ningún análisis crítico firmado por periodistas, y sólo unas pocas secciones agotando todo el contenido: transcripción de documentos de gobierno, discursos cargados de fórmulas que asignan el bien supremo al propio gobierno y el más diabólico mal al enemigo de turno, información económica y estadística (movimiento del puerto, precios, datos demográficos), algunos artículos de fuerte sesgo pedagógico y

desordenada variedad trazando líneas de acción para el progreso dirigidas por el gobierno (esto es, en nuestro caso, por Urquiza): desde la educación de los niños hasta las vacunas, desde las técnicas de cultivo hasta criterios de inmigración, desde la libertad de cultos hasta el gusto musical y teatral, un folletín por entregas, una “re-vista” de periódicos extranjeros, de vez en cuando una poesía, un texto histórico o científico, un comentario ameno, y unos pocos avisos de contenido y/o redacción risueños. Imaginemos también la redacción, generalmente unipersonal, y la imprenta con su prensa manual, pues aún no había ni siquiera prensas a vapor en la región. ¿ Tiradas? entre doscientos y quinientos, generalmente, mil excepcionalmente en el caso de El Nacional Argentino y de La Revista del Paraná.

Resulta sin embargo conmovedor descubrir cómo estas hojas significaron una explosión de civilización en medio de una Nación aún no constituida. En una región con poco acceso a libros y casi nulo alfabetismo, constituyeron un vehículo educativo y de acceso a las letras por parte de la tenue elite en formación; en una región de caudillos militares, fijaron garantías de publicidad de los actos de gobierno; allí donde el comercio comenzaba a buscar cauce, favorecieron la información y el intercambio; cuando la literatura era un resueno lejano, abrieron espacios de lectura, publicación y encuentro: todas las primeras creaciones literarias en la región fueron publicadas por periódicos. Por otra parte, es notable el gigantesco salto dado en cantidad y variedad de contenidos, periodicidad, duración de cada periódico y espacios de libertad de los redactores, antes y después de los años de la Confederación. Dicho sencillamente: Durante la Confederación se sentaron las bases de la prensa moderna para todo el interior de nuestra Argentina. Correspondió a Paraná ser también Capital de esta experiencia, y al General Justo J. de Urquiza, aún sobrellevando las dificultades de un sistema político en transición, su impulsor y garante.

No está de más decir que los ejemplares de aquellos periódicos no sólo fueron útiles cuando se editaron: conforman hoy una fuente de información histórica de valor inigualable, y en algunos casos irremplazable, pues son la única documentación escrita de hechos históricos, instrumentos de gobierno (leyes, decretos, proclamas), creaciones literarias locales, datos económicos, militares, demográficos y educacionales, relativos a la vida cotidiana de la época, etc.

I. PRIMEROS AÑOS DE PERIODISMO ENTRERRIANO.

Hasta 1849 la provincia disfrutó pocas y muy tenues experiencias de prensa, todas ellas vinculadas a la guerra crónica vivida -y sufrida- durante aquellos años: unos pocos números de la “Gaceta Federal” impresa por el general Chileno J.M. Carrera en 1819 en la imprenta itinerante que acompañó al ejército federal hacia Cepeda, un humilde quincenario durante el gobierno de Mansilla (1822-24) destinado exclusivamente a publicar documentos de Estado, pequeños desvíos de este quincenario cuando el Estado Mayor de Mansilla salió al interior (1822 y 1823), un efímero prospecto mencionado por Zinny (1827) y silencio absoluto hasta el recrudecimiento de la guerra civil en 1839. No puede, pues, hablarse de “periodismo” en el sentido moderno de la palabra.

Estas imprentas itinerantes y los cambios de nombres causaron en su momento no pocos dolores de cabeza a algunos historiadores, pues resultaba muy ambigua la documentación sobre ubicaciones y cantidades de periódicos en cada ciudad. Pero hoy sabemos que esta práctica fue habitual. Los ejércitos de aquellos años llevaron imprentas y editaron periódicos oficiales en las ciudades recién conquistadas o recuperadas. Casi siempre era la misma imprenta que cambiaba de manos, la que editaba un periódico de un pliego, en tres o cuatro columnas rectas por página, y donde habitualmente sólo cambiaba el nombre del periódico, y se invertían los apellidos de los héroes y villanos.

Nuestra provincia no fue la excepción. El Gobernador Pascual Echagüe llevó una imprenta con su periódico de guerra a la invasión de la Banda Oriental (1839), y allí, en la desastrosa batalla de Cagancha, la perdió a manos del enemigo junto con el grueso de los pertrechos. Su redactor, años después, trabajaría al servicio de Urquiza en un periódico de cuño algo menos militar.

A fines de 1840 el General Lavalle fracasaba en su intento de hacerle la guerra a Rosas a su propio terreno, Buenos Aires. Retrocede entonces, se hace fuerte en Santa Fe y amenaza nuevamente a Entre Ríos, por donde había pasado meses antes. Desde allí edita, además, un periódico anti-rosista. Desde Paraná, Ruperto Pérez, escribiente de oficio, redacta por orden de Rosas los incendiarios contenidos de “El Sentimiento Entrerriano”. Este fue el primer periódico paranaense desde la breve experiencia de Mansilla en 1822. Sólo duró un mes, hasta que Lavalle se retiró hacia el norte, perseguido por los

rosistas que se ocuparon de colocar periódicos en varios puntos de su persecución, hasta la frontera norte, hacia su muerte y gloria. “El Sentimiento Entre Riano”, pasado el peligro, había perdido su razón de ser.

La imprenta quedó en Paraná, y gracias a la continuidad de la tensión militar en la mesopotamia (conflicto con Corrientes y el Uruguay) nació a comienzos de 1841 el semanario estatal “El Correo”, en Paraná, cuya duración superó el año, todo un récord para su tiempo. En 1842 una nueva invasión desde Corrientes, esta vez al mando del General Paz, provoca el éxodo de los Entrerrianos hacia la provincia de Buenos Aires. Desde allí retorna Urquiza, fuertemente pertrechado por Rosas, para reconquistar el poder, ahora como jefe indiscutido de la provincia. Jefatura que -por cierto- conservaría intacta hasta su muerte casi treinta años más tarde.

Por eso la prensa de la Confederación va necesariamente ligada al nombre de Urquiza. El Jefe entrerriano controló prácticamente todo movimiento de prensa en la provincia, en forma absoluta hasta fines de los años 50, y hasta su muerte en forma más moderada.

Desde 1843, con la edición de “El Federal Entre Riano”, semanario oficial editado en Paraná, nuestra ciudad no volvió a quedar sin periódicos. Pero tampoco tuvo más de uno hasta fines de 1860.

1849 fue el año de despegue de la prensa provincial. Las condiciones políticas del momento, y el proyecto político militar del General, dieron nacimiento a un periódico en Gualeguaychú, a cargo del uruguayo Isidoro de María, y otro en Concepción del Uruguay (1850), a cargo del imprentero español Jaime Hernández y con redacción de Juan Lasserre, el mismo que había escrito aquel primer periódico de 1839. La familia De María continuó fiel a Urquiza a lo largo de once años. En Concepción del Uruguay el periódico cesó después de Caseros, reapareciendo otro en 1855 en manos del yerno y secretario de Urquiza, Benjamín Victorica.

Estos nuevos periódicos surgieron ya con la impronta de lo que sería la prensa de la Confederación. Más adelante, durante los años ‘50, esta nueva etapa comenzó a mostrar sus frutos: el impulso dado a la prensa se multiplicó; se instaló imprentas en casi todas las provincias; nacieron periódicos en ciudades que nunca los tuvieron; se intentó financiar desde el Estado algunas experiencias de periódicos privados (habitualmente

fracasadas pues aún no había suficiente mercado ni lectores ni libertad de expresión). Y muy especialmente, se desarrolló un esquema de contenidos más moderno, a imagen del periodismo de la etapa romántica europea, con difusión de ideas liberales y progresistas, y un criterio fuertemente pedagógico respecto del rol del periodista, quien se ocupa no sólo de redactar cuestiones de Estado o información económica sobre precios y movimientos de puertos, sino aspectos de la literatura, de la vida en otros países, de las reglas de urbanidad, del derecho, de la historia, de la identidad nacional, de las ciencias naturales, de la geografía nacional y mundial, de los acontecimientos y descubrimientos contemporáneos, de la valorización de la educación como objetivo fundamental, etc.

II. LA PRENSA EN LA CAPITAL DE LA CONFEDERACIÓN (1852-61).

Ya ingresados en la época confederal, los paranaenses comenzaron a disfrutar estos cambios. Obviamente, la calidad y cantidad de los contenidos, así como del papel, tinta e impresión, mejoraron ampliamente durante los años que nos ocupan. La regularidad llegó hasta el punto de lograr la salida diaria. La variedad temática se expandió. La prensa se presentó a sí misma, entonces, como símbolo del progreso universal propio del siglo XIX europeo, y como parte de la gran transformación en la que se embarcaba la Argentina, de la que el Estado Confederal, aún sin Buenos Aires, trataba de afirmarse como su único representante.

No debe imaginarse el lector, sin embargo, un gran movimiento de periódicos debatiendo y compitiendo entre sí, como sucedía desde hacía décadas en París o Londres, o como incluso comenzaba a esbozarse en Buenos Aires.

Por el contrario, nada cambió en este aspecto en Paraná: continuó existiendo en la ciudad capital un único periódico, el del Estado, hasta prácticamente el final del período de la Confederación, y esta condición, sumada a la inexistencia de otro mercado lector que el de la propia capa dirigente del Estado concentrada en la ciudad, volvía nula toda posibilidad de independencia crítica de los redactores respecto de la línea discursiva oficial.

Paraná comenzó a despabilar su vida periodística luego del Pronunciamiento, esto es, a mediados de 1851. Urquiza había comenzado a captar hombres con capacidad de redactar, tanto en la costa del Uruguay como en la del Paraná. En este último caso, logró

el ingreso de tipógrafos originarios de Buenos Aires llevados a Santa Fe, y de dos personajes significativos: Juan Francisco Seguí (h) y D. Marcos Sastre. Ambos incidieron en la prensa de ambas costas. Pero fue Ruperto Pérez el encargado más estable, en este año, de las cuestiones del periódico.

“El Federal Entre Riano” cambió su nombre por “El Iris Argentino”, más acorde a la nueva Argentina propuesta por don Justo José: Era el momento de soñar con la moderna libertad de prensa, con los periódicos cumpliendo el rol social de ojo que lleva luz al saber del pueblo, superando los títulos con afirmación militante de posiciones. Aún así, “El Federal...” continuó existiendo como nombre, al adoptarlo de inmediato el periódico de Gualeguaychú, más directamente ligado al frente de combate en el Uruguay, donde la imagen de federalismo era mucho más importante para Urquiza.

“El Iris Argentino” era el nuevo nombre, de clara connotación política en su ruptura con el rosismo, y Rosas descendió, en sus contenidos, del cielo al infierno, sin escalas. Los adjetivos “libertador”, “restaurador”, “Washington sudamericano” y “Estadista de América” dejaron paso a “tirano”, “malvado”, “obstáculo”, etc.

En el aspecto gráfico, el clisé del encabezado de la primer página mejoró, con su escudo completo, hecho que significó un esfuerzo importante, pues el escudo debía burilarse en metal para poder servir de plancha para impresión. Fuera de estas dos diferencias, se trata exactamente del mismo periódico (en aquellos tiempos aún era común cambiar el nombre como parte de la estrategia del periódico, pues la identidad era dada por su mandante, y no por el nombre, a la inversa de lo que sucede hoy día, cuando conocemos nombres de más de un siglo, y no necesariamente el de los dueños o directores).

Un elemento especial más contó El Iris: transcribió en forma fascimular la totalidad de los Boletines del Ejército Grande que editó Sarmiento durante la campaña de Caseros.

Hasta la campaña de Caseros, unos pocos nombres totalizan el periodismo entrerriano: Cipriano de Urquiza, el Dr. Pedro Agrelo, periodista y jurista porteño que residió poco tiempo en Paraná junto a Mansilla, el sanjuanino Domingo de Oro, Don Ruperto Pérez, Severo González, Juan Lasserre, Isidoro de María y algunos otros ocasionales, generalmente sacerdotes o escribientes de gobierno.

Pero la preparación del Ejército Grande dio cita a toda la oposición a Rosas, que retornó raudamente del exilio: unos desde Montevideo, otros desde Santiago de Chile, Valparaíso, La Paz, Río de Janeiro y aún de Europa y desde Perú.

Llegaron excelentes militares, hombres de trabajo e intelectuales. Entre ellos, algunos hábiles para el periodismo. Hubo entre estos últimos quienes más adelante destacarían definitivamente, pero que en esta campaña se ocuparon exclusivamente de las armas. Tal el caso de Bartolomé Mitre. Otros hicieron ambas cosas a la vez, como Carlos Terrada y el Coronel Hilario Ascasubi. El primero de éstos reemplazó a Lasserre y dirigió “La Regeneración”, el periódico de Concepción del Uruguay que tuvo la histórica tarea de romper lanzas contra Rosas el 5 de enero de 1851; meses después, Terrada partiría con el ejército a Buenos Aires. Ascasubi realizó durante esta campaña algunos de los más afamados versos de combate en estilo gauchesco que conoce nuestra literatura. Editó algunos de ellos en los tres periódicos entrerrianos del momento, y otros en folletos independientes. Tanta simpatía y prestigio lograron estos versos, compuestos para ser cantados en los fogones del ejército y levantar la moral de la tropa, que persistieron en la memoria oral por muchas décadas, tal como entre otros lo relata don Martiniano Leguizamón.

Figura mayor del periodismo en aquel histórico momento fue Domingo Faustino Sarmiento. Él mismo relatará más adelante -no sin ironía- que se le asignó rango militar pero sin mando alguno de tropa, y se le encargó la redacción del Boletín de informaciones del Ejército. Con su maestría estilística, Sarmiento transformó cada parte oficial en una obra maestra de la crónica, de agradable lectura y gran potencia persuasiva en su labor de fortalecimiento de la moral combativa.

El 3 de febrero de 1852 Urquiza triunfó. Poco después ingresó triunfal en Buenos Aires, y encontró de inmediato las primeras dificultades. En Paraná, mientras tanto, la ausencia del Jefe dio pie a algunas extrañas situaciones: El redactor de El Iris (muy probablemente Ruperto Pérez, esto no está documentalmente claro) se involucró en un conflicto que afectaba en parte cuestiones públicas y en parte otras privadas, y cuyo vértice era el poder excesivo e impune que contaban los comandantes militares locales en Entre Ríos, contradictorio con el régimen de derecho que prometía Urquiza en su campaña. Dos editoriales muy duras fueron publicadas, una en El Iris, y la siguiente en el número 2 de “La Voz del Pueblo”, pues éste era el nuevo nombre del periódico,

propuesto por el redactor para expresar una era en que la prensa sería independiente y crítica, como en todo Estado moderno. Pero los vientos de la historia no soplan tan velozmente. El interior argentino aún se hallaba organizado sobre la base de una estructura político-militar piramidal, en tanto el periodismo, pobre en experiencia y en mercado, aún era contundentemente débil. Poco duró el sueño del redactor de adelantarse a su tiempo, y pocos días después, una furibunda carta del Jefe a su Gobernador delegado hacía cesar al redactor, quien volvió a manifestarle su lealtad, y también el periódico.

No era para menos, según Urquiza, y más aún cuando pensaba lanzar con más ímpetu el periódico del Estado en Paraná, ahora Capital Federal, y mucho más aún cuando los revolucionarios porteños del 11 de setiembre imprimieron un boletín con el nombre “La Voz del Pueblo”.

De modo que Urquiza nombró dos redactores leales para representar a Entre Ríos en la Convención Constituyente y a la vez ocuparse del futuro periódico: Ruperto Pérez, que luego se retiraría definitivamente de la vida pública y el periodismo, y un intelectual más significativo: Juan María Gutiérrez, que entraba en su apogeo político y entre cuyas tareas se encontraba el re-lanzamiento del periódico estatal, ahora bajo el nombre hoy legendario de El Nacional Argentino.

El Nacional Argentino se editó durante ocho años, nuevo récord para la época. Alcanzó a tirar mil trescientos cincuenta y cinco números, con lo que constituye además la mayor recopilación documental pública de la época de la Confederación. Logró este periódico el respeto de otros colegas, tanto de la Confederación como de la propia provincia rebelde, e incluso de otros países. Su portada no era diferente de la de cualquier diario europeo promedio de su época.

Fueron sus redactores hombres significativos del proyecto Confederal, tales como el propio Gutiérrez, José B. Gorostiaga, Alfredo Marbais du Graty y Juan Francisco Seguí. También un intelectual de renombre como Francisco Bilbao, que lo dirigió durante 1859, es decir, en la etapa previa a la batalla de Cepeda. Bilbao, hombre de ideas críticas y progresistas, debió autocensurarse con energía para poder redactarlo. Durante los meses en que permaneció en la Capital, no hubo referencia alguna a cuestiones internas de la Confederación, ni a cuestiones religiosas, dos temas en que el redactor

opinaba muy distinto que Urquiza y sus lugartenientes. Otros redactores fueron jóvenes que años después descollarían en la política, el periodismo o las letras argentinas: Lucio V. Mansilla, Benjamín Victorica, Eusebio Ocampo, José Hernández. También aparecen firmando discursos, colaboraciones periodísticas, científicas o literarias muchos otros, tales como Juan B. Alberdi, Isidoro de María, Carlos Guido Spano, Vicente Quesada, Salvador del Carril, Olegario Andrade, Martín de Moussi, etc. El Nacional Argentino contó también con corresponsales, y dedicó parte de sus contenidos a vincular las provincias entre sí, dando a conocer sus potenciales económicos, sus características geográficas, etc., buscando un discurso integrador en la lucha por imponer el proyecto Confederal a Buenos Aires.

Cabe preguntarnos, ante esta etapa de cambio tan significativa, si las transformaciones también se notaron en el público lector: ¿Quiénes leían en Entre Ríos en estos años? En primer lugar, recordemos que la alfabetización alcanzaba una porción ínfima de la población, y que a su vez ésta era muy reciente. Pero a su vez debemos notar que precisamente la ampliación del periodismo y la expansión de la escuela comenzaron a incidir sobre la cuestión. El periodismo, por cuanto generó material de lectura en una provincia en que prácticamente no circulaban libros; la escuela, porque durante los gobiernos de Urquiza el impulso dado a la educación fue muy poderoso.

Pero en la década de 1850 aún era muy pronto para que las camadas de beneficiarios de la expansión educacional se convirtiesen en lectoras, en público habitual de periódicos: esto pasaría recién una década más tarde. Durante estos años, el público era de tres tipos: los que pertenecían a la tenue elite política del Estado Confederal y del Provincial (unas pocas centenas de personas en nuestra provincia), las primeras mujeres lectoras que accedían principalmente al folletín (unas pocas decenas), y la gran masa de soldados-gauchos que accedían a parte del material (el redactado en verso o con máximas muy fácilmente recordables); esta última lectura era indirecta: unos pocos alfabetos leían en voz alta a muchísimos iletrados, y de este modo la cadena de memoria oral se activaba.

III. QUIEBRA DE LA UNIDAD Y DERRUMBE DEL PROYECTO

El fin del mandato presidencial de Urquiza fue altamente traumático para el proyecto Confederal: El jefe institucional y el jefe real de la Confederación se bifurcaron, pues

Urquiza mantuvo intacto su poder político, económico y militar cuando abandonó la presidencia. El Presidente Derqui, por su parte, comenzó a buscar desesperadamente otra base de sustentación que impidiera convertirle en figura cuasi decorativa, y así, a mediados de 1860, ambos jefes competían por aliarse con la poderosa Buenos Aires en la Convención Reformadora y en el futuro parlamento.

El periodismo acusó recibo de esta fractura en el poder, y por vez primera, Paraná vio más de un periódico simultáneo. La primera víctima de esta lucha fue, lamentablemente, El Nacional Argentino. Juan Francisco Seguí, hombre de absoluta fidelidad a Urquiza, redactor en ese momento de El Nacional Argentino y polemista con El Nacional de Buenos Aires respecto de la reforma, fue notificado del fin, producido a través de una maniobra del Presidente Derqui: por acuerdo secreto con Buenos Aires, había garantizado que el gobierno nacional no sostendría más un periódico de opinión, limitándose a un Boletín Oficial. Urquiza reaccionó velozmente: Seguí pasó a redactar El Correo Argentino, periódico “independiente”, cuyo editor formal fue Olayo Meyer, conocido tipógrafo llegado a la zona en época de Rosas.

En ese tenso momento, la pluma polemista defensora de Derqui fue un joven emigrado porteño, aún anónimo para la mayoría: José Hernández, secretario del vicepresidente Pedernera, futuro autor del “Martín Fierro” y encargado de responder a Seguí en las últimas semanas de existencia de El Nacional, porque así, con pena y sin gloria, un glorioso periódico desaparecía.

IV. EL AÑO TRÁGICO DE LA CONFEDERACIÓN

1861 terminó en tragedia militar y política. Pero periodísticamente hablando, mostró el potencial que la misma Confederación había puesto en marcha, y que habría de crecer durante la década siguiente, no sólo en Entre Ríos sino en todo el país, incluido Buenos Aires.

Don Juan Casavalle, respetadísimo impresor y librero porteño, se instaló en Paraná por gestión de Derqui. Durante 1861 se dedicó a la edición del Boletín Oficial, que fue tal hasta los últimos días de la Confederación, cuando editó no sólo asépticas leyes y decretos sino las últimas proclamas de lucha del Presidente vencido.

Pero la obra magistral de Casavalle en Paraná no fue esa, ni la impresión de “El Paraná” redactado por el Secretario de Derqui (el joven Olegario Andrade, futuro gran poeta nacional, de apenas veinte años) sino la impresión de “La Revista del Paraná”, precursora de “La Revista de Buenos Aires”, y que fue la primer revista argentina explícitamente dirigida a lograr la unidad intelectual de la Nación por encima de las diferencias de partido, abriendo cauce a la publicación de trabajos históricos, literarios, jurídicos y científicos.

La Revista del Paraná desarrolló cuatro áreas fundamentales: Jurisprudencia, Letras, Historia y Economía. Alcanzó a editar ocho números mensuales que totalizan más de quinientas páginas en cuarto menor (encuadernables como un libro) a dos columnas, con muy buena calidad de impresión para la época. La Revista se editaba estrictamente por suscripción, con una tirada de mil ejemplares que se repartían a todos los puntos en que había corresponsales. El director era Vicente Quesada, y el editor Carlos Casavalle. Ambos continuarían el proyecto en Buenos Aires.

La lista de editores, redactores, colaboradores y coresponsales es muy amplia y abarca prácticamente toda la elite intelectual del interior, una parte importante de la de Buenos Aires y nexos fundamentales en todos los países limítrofes, además de Perú y Europa. Baste mencionar, para no cansar al lector, que la escritora peruana Juana Manuela Gorriti envió relatos de su autoría que se publicaron en la revista, que Carlos Guido Spano publicó un poema reconocido como punto de inflexión hacia el nacimiento de una poesía moderna, que Francisco Bilbao envió colaboraciones de gran calidad histórica y lingüística, etc.

La Revista del Paraná se vio obligada a desaparecer después de la Batalla de Pavón, adversa a las fuerzas confederales, no tanto por la situación militar inmediata, sino por la evidente debacle de todo el Estado Confederal que terminó por disolverse en diciembre. Y como la Revista no tenía otro núcleo redactor ni otro público en la zona del Litoral que la capa gobernante afincada en la Capital, liquidada la presencia de ésta, no había otro sitio que Buenos Aires para la supervivencia de semejante proyecto. Así

Seguí, en tanto, cayó en desgracia con Urquiza, y con él cayó el “Correo Argentino”. Brevemente existió “La Luz”, que atacó violentamente a Seguí y a Derqui por instigación del General, en boca de Fermín de Irigoyen y Andrés González del Solar.

El Joven y futuro gran poeta Olegario V. Andrade apareció con su brillante oratoria y capacidad de análisis, muy sobre el final, en las páginas de El Paraná, periódico surgido por orden de Urquiza y Derqui momentáneamente reconciliados, para defender su presidencia, en mayo de 1861, cuando era ya demasiado tarde para cambiar el rumbo y la guerra en condiciones desventajosas era inminente. Aún así, Andrade permaneció valientemente en Paraná, aún en medio de la debacle, y conociendo amenazas contra su vida por presunto deseo de Urquiza. No fue así, afortunadamente, y el viejo general ayudó una vez más al joven intelectual.

Sobre el final de la Confederación, alcanza a aparecer otra luminaria del periodismo provincial: Evaristo Carriego. Este gran periodista entrerriano, de proyección nacional y labor ampliamente extendida en el tiempo (comenzada en la década de 1850, llegó hasta comienzos de nuestro siglo), venía escapando de Rosario, ya ocupada por las tropas mitristas, y apenas instalado en Paraná, desde las páginas de “La Patria Argentina” intentó incitar a la defensa contra Buenos Aires. Pero carecía de poder propio y debió llamarse a silencio cuando el fatal decreto del 14 de octubre de 1861, en que el propio Gobierno Confederal, ya agonizante, clausuró todas las publicaciones periódicas de la ciudad, poniendo así fin al ciclo de la prensa de Paraná como Capital Federal .

Como dijimos al principio, un balance histórico completo del ciclo periodístico de la Confederación requiere tomar en cuenta los desarrollos en todas las capitales de las provincias confederadas en los que se desarrolló la prensa periódica en esos años, por iniciativa de los Estados provinciales, del Estado nacional e incluso del propio Urquiza en persona, en algunos casos. Habrá de considerarse, sin dudas, las experiencias de Corrientes (y la influencia del impresor Pablo Coni en ella, así como de Vicente Quesada y Juan Pujol), Córdoba, Rosario, Mendoza, San Juan, Salta, Tucumán, Santa Fe y Catamarca, además, por supuesto, del muy temprano y especial desarrollo del periodismo en el interior de la provincia de Entre Ríos, donde la influencia del poder urquicista dio amplio impulso a la aparición y desarrollo de periódicos de buena calidad técnica y contenidos, en Galeguaychú (desde 1849, en la imprenta del uruguayo Isidoro de María y desde 1859 en la imprenta Del Comercio llevada por la oposición favorable a Buenos Aires), en Concepción del Uruguay (desde 1850 a 1852 y desde 1855), en Concordia (desde 1858), etc. También, complementariamente, aquellos

puntos en que se produjo un desarrollo más tenue y tardío, en las postrimerías de la Confederación (San Luis, Santiago del Estero, Jujuy y La Rioja).

Existen varias dimensiones interesantes para sopesar este balance, que pueden ampliar líneas de investigación: Las experiencias de impresores-editores (Carlos Casavalle en Paraná, Pablo Coni en Corrientes), que tomarían forma definitiva en Buenos Aires en la década siguiente, la impronta pionera de la Revista del Paraná (1861), sobre el conjunto de revistas intelectuales de los 30 años siguientes, la estabilización de un público lector en el interior, así como de un sistema mínimo de publicidad de los actos de gobierno, difusión literaria y práctica periodística, la formación de una generación de periodistas y literatos de mucha relevancia en las décadas siguientes, el desarrollo en sus páginas de algunos debates sumamente ricos respecto de las líneas fundamentales de construcción del Estado moderno, tanto entre Buenos Aires y la Confederación, como al interior de sus fracciones principales. Estos debates recorrieron temas tan disímiles como la construcción de una historia y una literatura nacionales que unificasen el espacio cultural común en sus mitos de origen y pertenencia, la forma y procedimientos para la construcción de una red nacional moderna de transportes, la política aduanera, el rol del Estado y de Urquiza en la etapa fundacional, el rol de la prensa periódica, la inmigración, la construcción del sistema educativo, la construcción de un sistema de moneda y crédito público, etc. Y por supuesto, la testificación histórica de las colecciones hemerográficas resultantes de esta experiencia, que permiten hoy orientar buena parte de la investigación histórica sobre este período histórico decisivo en la construcción de la nacionalidad argentina.